

EL GALLO ILUSTRADO 870

Suplemento Dominical de **EL DÍA**



México, D.F., Domingo 18 de Febrero de 1979

Humberto Costantini



UN PERSONAJE EN LA VIEJA HISTORIA DE CAMINANTES



Jorge A. Boccanera

Humberto Costantini

Un personaje más en la vieja historia de caminantes

Jorge A. BOCCANERA

Son casi las nueve de la noche y todavía faltan algunas cuadras para llegar hasta la casa del escritor Humberto Costantini. Apuro el paso y me distraigo viendo a un hombre que pedalea hasta el límite de sus fuerzas porque un camión a escasos metros de su bicicleta, viene a cumplir una venganza urdida por su propia mujer. No alcanzo a dar vuelta la cabeza cuando tropiezo con una sombra que trata de comunicarse con quien sabe qué diablos por medio de un aparato compuesto con un trozo de vidrio y un alambre. En la esquina, por medio de gestos ampulosos otro hombre trata infructuosamente de conmover a Dios hablándole de una vida signada por el poder, la fama y el dinero. Me detengo un momento en esa "entrevista", pero inmediatamente tengo que hacerme a un lado de la calle para dejar paso a una turba ennegrecida que persigue a un jugador de fútbol por una supuesta burla imperdonable. Reconozco la zona. Antes de entrar a la casa del escritor argentino, me detiene un hombrecito angustiado que me interroga sobre un señor alto, rubio y de bigotes. Le aconsejo que se vaya a dormir, aunque conozco el final de ese relato y sé que seguirá buscando a ese señor hasta que se tope con la muerte. En el interior de la casa y tras las saludos correspondientes comienzo a esbozar la nota.

Reciente ganador del Premio Casa de las Américas por su novela, *De dioses, hombrecitos y policías*, Humberto Costantini vuelve, tras un silencio de más de dos años, a decir presente en la literatura del continente, a la que ha aportado con éxito una decena de libros de cuentos y poemas.

Debo confesar que extrañaba ese silencio del escritor argentino —ahora residente en México—, ya que estábamos acostumbrados a encontrar sus trabajos en numerosas publicaciones literarias, libros y antologías, que hablaban de una labor vigorosa e ininterrumpida.

Perteneciente a la generación del 56 o generación "parricida" como la denominó el crítico uruguayo Emir Rodríguez Monegal, Costantini sigue en pie como el protagonista de su relato principal. Decididamente como un personaje que se le ha ido de las manos al autor.

Utilizando un lenguaje coloquial, que incorpora lo lírico a lo anecdótico, el trazo del autor descubre seres que bordean lo grotesco y que pertenecen a nuestra cotidiana realidad. La mayoría de sus personajes están atravesando por situaciones límites, al borde de la locura o la soledad inmersos en la desesperación o el desamparo. Así, el parlamento es una confesión de última hora y el lector un cómplice de lo irremediable.

Toda su obra es, como reza el título de uno de sus libros, *Una vieja historia de caminantes* donde un hombre es fácilmente identificable con otros hombres, en una ciudad que es a la vez otras ciudades. La crónica de esa realidad involucra a dioses,

hombrecitos y policías en un devenir sin tregua donde lo fantástico es tan real que no puede creerse.

Intento algunas preguntas como ¿de qué manera ha afectado a tu trabajo literario el alejamiento obligado de tu país? o ¿además de Luigi Pirandello y Dylan Thomas, que otros autores han influido en tu escritura?, pero me doy cuenta de que ese hombre que desde la cocina cuenta que está preparando una salsa que ha bautizado con el nombre del protagonista de su novela premiada: Pulicicchio; es también uno de sus personajes y quizá yo sin saberlo, ni habérmelo propuesto esté ahora metido en el borrador de un relato.

Retomo el papel e intento desembozarme de la situación anotando algunas cosas como que

La sospecha de que el silencio de Costantini era como el silencio que precede a los estallidos, no era infundada. Así fue, que a mediados del 78 obtuvo con el libro *En la noche*, la primera mención en el concurso de cuentos organizado por la Casa de la Cultura de Campeche, y el INBA, para despedir el año con el Premio Latinoamericano de Cuento por su relato *Cacería sangrienta o la daga de Pat Sullivan*.

La noticia del Premio Casa de las Américas y su confidencia sobre el esbozo de una nueva novela no me sorprendieron, son realmente pocos los escritores que sin contar con un esfuerzo editorial (léase publicitario), de envergadura, puedan llegar al público lector del modo que lo hizo este autor, ahora ganando otros mercados merced a una calidad incuestionable.

Un plato de tallarines interrumpe mi labor y el vino, definitivamente, la anula. Miro al personaje del cuento de Costantini, está sentado frente a mí esgrimiendo una guitarra y recordando la milonga Marietta. Dice llamarse Cacho, ser inmunólogo, ciclista y cantor de tangos. Tocan a la puerta, es el personaje de Bando pidiendo asilo, buscando no sé que. Costantini (o Cacho), me dice ahora en voz baja que en una de las habitaciones agoniza el protagonista del cuento. Un bombo que suena lejos. Apoyo el oído en la puerta y alcanzó a escuchar "Barraza muere en su ley. Muere el director de Los Divertidos. No un negro atorrante. Decíselo vos Coco. ¡Dale Coco! ¡No parés Coco! ¿No ves que la ventana se pone negra? ¿No vez que se está tapando el cielo? ¡Dale Coco! ¡Más fuerte Coco!"

Es hora de irme, me despido. Cuesta bajar esta escalera donde los músicos de hábleme de Funes han dispuesto en forma desordenada sus instrumentos, mientras en los rincones murmuran algo que no llevo a entender, aunque escucho frases como "ese violinista tocaba como los dioses" y palabras como "apagón" y "muerte". Por fin gano la calle con unos cuantos papeles en las manos.

Premio novela
Casa de las Américas 1979

De dioses, hombrecitos y policías (fragmento)

Humberto COSTANTINI

CAP. XXI

Y el coordinador de grupos paramilitares cuyo nombre de guerra era El Chivo, miró la hora en su reloj pulsera, y vio que eran exactamente las diecinueve y cincuenta y cinco minutos. Por lo que, apretando un botón del comunicador, llamó a unos de sus subordinados, y acercando su barbudo rostro al aparato, dijo perentoriamente: "Móviles 25, 41, 70 y 72, a las veinte y cuarenta en el garage, con sus dotaciones completas".

Y casi inmediatamente después se abrió la puerta, y varios de sus subordinados entraron en aquella oficina. Y los subordinados eligieron y se llevaron

muchas de las armas relucientes que había sobre la mesa sólida de roble, así como las cuerdas y los rollos de tela adhesiva, para cargarlo todo en el móvil 25, en el cual viajaba el Chivo, amado por el subterráneo Edes.

Y a los pocos minutos de la perentoria orden del Chivo, susurrada ante el comunicador, de múltiples botones, desde distintos puntos de la enorme ciudad, cuatro brillantes automóviles Ford Falcón, de hermoso color negro y sin patentes, asustaban con sus ululantes sirenas a los desprevenidos peatones, y convergían todos hacia un misterioso garage situado en Villa Crespo.

Y Edes, desde la plataforma de su carro, salpicada de sangre, los observaba complacido.

Y en vano sus ilustres caballos, de grupas relucientes, deseaban correr desenfrenados juntos a los veloces automóviles Ford Falcon, pues la poderosa mano del Dios los sujetaba firmemente por las bridas.

Y siseaba Edes para tranquilizar a los sudorosos caballos indómitos, y con apaciguadoras palabras les pedía que se quietaran, puesto que aún no había llegado el momento.

CAP. XXIV

Y mientras los cuatro oscuros automóviles Ford Falcon, de antenas esbeltas y bien sintonizadas motorolas, se hallaban concentrados en un oscuro garage del barrio de Villa Crespo, Afrodita, Atenea y el incansable Hermes, a semejanza de madres afanosas que con amor cuidaran a sus tiernos hijos, así cuidaban ellos de los indefensos mortales que en ese momento escuchaban arrobados a la sin par señora Zimmerman, y solícitos, procuraban satisfacer cada uno de sus deseos.

Pues la Sombra Anunciadora de la Muerte ya no trazaba lentos círculos en torno a la casa de la Calle Teodoro Vilardebó 2562, sino que, sigilosa, con la inocua apariencia de una gran mancha de humedad, se había instalado

sobre el acanalado techo de zinc de la salita, y desde allí se disponía a vigilar la obra sangrienta de los feroces enviados de Edes.

Y de un momento a otro aguardaban los Olímpicos el siniestro roncar de los motores, y el temible sonido de las frenadas bruscas sobre el pavimento de la calle Teodoro Vilardebó, prolijamente adoquinada, pues sabían ellos que el poderoso Edes en persona había llevado a cabo los últimos preparativos, y la prevista muerte de los doce concurrentes a Polimnia estaba por lo tanto muy próxima.

Y la señora Zimmerman estaba imitando a un impío malevo que castigaba a su pobre mujer tuberculosa, cuando Afrodita, desde las giratorias paletas del ventilador, vio a la opulenta doña Zulema, grata a sus ojos, la cual estaba a punto de llamar por señas al señor Frugoni a fin de que le entregara éste su sobre con el sueldo de noviembre.

Y Afrodita lanzó una bienhechora ráfaga, de aire fresco sobre las carnes aún firmes de doña Zulema, y transformada en Pícaro Pensamiento le susurró estas aladas palabras en guaraní:

"No importunes ahora al señor Frugoni, el cual se encuentra haciéndole arrumacos a aquella hermosa kuñá de renegridos cabellos, sino mejor espera una pausa de esa que está sobre el estrado, dando crueles cachetadas de revés en el aire, y silenciosamente, vete a ocupar aquella silla junto al muy simpático señor de las muletas, el



Dibujo de Edgardo González Pita

Me cuesta aún creer que existió esa noche, pero la certifica de algún modo este fragmento inédito de la nove premiada que presentamos a continuación, en exclusiva para nuestro suplemento.

Digamos además que Costantini ha publicado los libros *De por aquí nomás*; *Un señor alto, rubio, de bigotes*; *Tres monólogos*; *Una vieja historia de caminantes*; *Háblame de Funes*; *Libro de Trelew*; *Bandeo* (narrativa) y *Cuestiones con la vida* (poemas) y que más que a la generación "parricida" pertenece a la generación "castigada" dada la represión (exilio, desaparición, muerte) que han sufrido muchos de sus integrantes como David Viñas, Rodolfo Walsh, Iverna Codina, Haroldo Conti y Pedro Orgambide entre otros.

cual una vez te dijo cariñosas aunque un poco atrevidas neé".

Y doña Zulema no desoyó la orden del Picaro Pensamiento, y cuando la señora Zimmerman, pedagógicamente, anunció el título de su próximo poema, que eran "La prenda sobre el césped" o "Una difícil relación de pareja durante la adolescencia", en silencio entró, avanzó entre las filas de los contertulios, y fue a posar sus nalgas opulentas en la silla que estaba junto al señor Mastandrea.

Y dirigió Afrodita la brisa del ventilador sobre el transpirado señor Mastandrea, y éste miró de reojo hacia su izquierda, y vio cómo la bien provista doña Zulema se sentaba a su lado, de lo cual alegró su corazón en gran manera.

Y dándose vuelta estrechó con efusión la mano de doña Zulema, e inmediatamente se quitó con disimulo el listado pañuelo marrón que tenía prendido al cuello, a fin de que la irresistible y dulce doña Zulema lo viera más elegante.

Y la indómita Atenea, convertida en desconocida señorita, oyó el erótico título del poema de la señora Zimmerman, y si bien el tema no le era especialmente grato, deseó que las palabras llegaran honradamente al corazón de su protegida, la irreprochable Irene Bengoechea, a fin de que una dulce emoción se apoderara de ella, y transmitiera luego esta dulce emoción al señor José María Pulicichio, a quien Atenea, a causa del pacto con Afrodita,

debió perdonar sus amatorios avances en la calle Marcos Sastre.

Y la virgen Irene Bengoechea al escuchar en boca de la señora Zimmerman las palabras "relación de pareja" y "adolescencia" sintió que ellas estaban especialmente destinadas a su reciente y aún no formalizada relación de pareja, y por medio de un significativo movimiento de su dedo meñique así se lo transmitió al magnánimo señor Pulicichio, el cual en respuesta, apretó dulcemente su mano, e inclinó sobre ella su ardiente cuerpo de enamorado.

Y en el momento en que la ruborosa joven se despojaba de sus prendas frente al apuesto y asustado mancebo, Afrodita se derramó en forma de deliciosa brisa sobre la bella señora de Giannello, semejante a una Diosa, y sobre el excelente señor Frugoni, grato a Hermes, los cuales se hallaban sentados muy juntos en la última fila de sillas.

Y deseó Afrodita para ellos la embriagante, breve y absoluta felicidad del amor, pues el tiempo que ambos le restaba por vivir se contaba solamente en minutos; por ese motivo deseó Afrodita que esos minutos fueran de total felicidad, y semejantes a copas de embriagante vino.

Y el señor Frugoni olvidó por completo todos sus gravísimos problemas de marido culpable, de propietario del bazar "La Flor de Lis", de tesorero de Polimnia, de peronista de la primera época, y de confeccionador de cueritos

estaqueados a la tinta china, para pensar solo en la tibia y sedosa piel de la señora de Giannello, a lo largo de la cual deslizaba subrepticamente su mano, temblorosa de amor.

Y la señora de Giannello, desvanecida de felicidad, se elevaba hacia vastos cielos multicolores, y alcanzaba sumisa el palpitante orgasmo, mientras apoyaba su cabeza en el hombro del señor Frugoni, y murmuraba tiernísimos e inconfundibles quejidos.

Y desde su lugar en la cuarta fila junto al no vidente señor Pasco, Atenea dirigió la inteligencia mirada de sus ojos claros hacia su protegida, la erudita e inválida señorita Kisternmacher, a la cual había infundido, hacia unos minutos, el irresistible Poder de la Persuasión.

Y la señorita Kisternmacher, por medio de sus incomprensibles poemas, y de sus eruditas explicaciones sobre las palabras en sánscrito, había persuadido a todos de la imprescindible necesidad del amor universal, y todos habían aceptado llenos de emoción sus persuasivas palabras, y todos le había demostrado su amor universal y su agradecimiento con cálidas palabras y con fraternos besos en la frente.

Pero pensó Atenea que aún debía dar a su protegida una nueva e inteligente clase de felicidad, para lo cual convertida en espíritu de la Tierra Amistad, se introdujo en el alma seductora del señor Romualdo Sánchez, amado por ambas Diosas, que estaba sentado junto a la señorita Kisternmacher en la primera fila de sillas.

Y se apoderó del señor Romualdo Chávez, un irrefrenable deseo de tierna y espiritual amistad hacia la señorita Kisternmacher, a la cual, de improviso, y cuando la señora Zimmerman se hallaba inmovilizada en el gesto de arrojar al césped el corpiño, besó con tierna pasión en ambas manos, y la llamó cálidamente Pupi, al hacerle en voz baja un inteligente comentario acerca del poema.

Y la señorita Kisternmacher lo contemplaba llena de samadhi, y con los ojos húmedos de tierna amistad, le hizo notar que no obstante una tígera falta de tharana, en el bello poema había muchísimo nidahga, lo que se hacía evidente por el abundante krivamaha karma que había inundado toda la salita.

Y con impaciencia aguardaba Afrodita la llegada de Dora, la muchacha de la señorita Kisternmacher, pues el joven Romilio Sosa, su novio, se hallaba solo y algo tristón en un costado de la salita; y no quería la bellísima Diosa que Romilio pasara lejos de su amada el poquísimo tiempo que le restaba vivir.

Por lo cual, durante el intervalo entre las dos partes del recital, Afrodita se había convertido en espíritu de Urgente Diligencia, y en esa forma se había introducido en la elegante mamá de la señorita Kisternmacher.

Y la mamá de la señorita Kisternmacher recordó durante el intervalo que debía realizar en el centro una diligencia muy urgente, por lo cual, con apresuramiento, fue hasta la piqueta del fondo, tomó el teléfono y de inmediato se comunicó con Dora. Y con breves palabras ordenó a Dora pasar a buscar a la señorita Kisternmacher por Teodor Vilardebó 2562 pues ella, al terminar el recital, debía partir hacia el centro a fin de realizar una urgente diligencia.

Pero he aquí que ya menguaban los prolongados aplausos a la señora Zimmerman, y ya levantaba ella su mano

derecha para reclamar silencio y anunciar al señor Romualdo Chávez, y Dora, la morena y villaparquense muchacha de la señorita Kisternmacher aún no había llegado debido a lo cual se preocupaba Afrodita, y desde las aletas del ventilador miraba impaciente hacia la puerta.

Y al señor Pasco, sentado junto a la indómita Atenea, convertida en desconocida señorita, lo había conmovido en grado sumo la valiente actitud de la muchacha al despojarse de sus prendas, y como su pensamiento veía lo que sus ojos no podían ver, el joven y hermoso cuerpo semidesnudo de la joven y hermosa mujer que con temblorosa voz estaba recitando, le había provocado fuertes latidos a su solitario corazón, y un indisimulable abultamiento a un costado de sus braguetas.

Y como el abultamiento no disminuía de tamaño, ni siquiera cuando se dirigía hacia el estrado el elegante señor Chávez, Atenea por medio de un casi imperceptible movimiento de cejas, solicitó la ayuda de Afrodita.

Y Afrodita, bajo la forma de un Erótico Sueño, se derramó deleitosa sobre el no vidente señor Pasco. Y el señor Pasco amó en sueños a la desnuda muchacha del estrado, y la poseyó sobre el mullido césped donde aleteaban gráciles corpiños, y derramó en ella el caliente licor que engendra vida, mientras Atenea le hablaba al oído con la voz de la señora Zimmerman, le tomaba la mano, y mágicamente hacía desaparecer la mancha de su pantalón.

Y mientras todas estas cosas ocurrían, el muy prudente mensajero Hermes, convertido en enorme mariposa nocturna, de grueso y velludo abdomen, sin descanso cumplía su importante misión.

Y volaba Hermes diligente alrededor de la casa, y con trémulo aletear subía hasta los altos paraísos de la calle Teodoro Vilardebó, y con sus finas patitas arañaba el revoque de la pared del fondo, y asomaba luego sus rígidas antenas por el bien reparado dintel de la entrada.

Y de esta manera avizoraba hacia un lado y a otro, aguardando la llegada de los cuatro temibles automóviles Ford Falcon, a fin de comunicarlo de inmediato a ambas Olímpicas.

Pero he aquí que, durante el fiel cumplimiento de su misión, llegó Hermes volando pesadamente hasta la puerta de la salita, y se posó sobre su barnizado marco, pues deseaba comunicar a la desconocida señorita que todavía no había novedad.

Y estaba Hermes posado en lo alto del marco, hablando con la indómita Atenea, cuando recibió de lleno sobre su frágil cuerpo, una potente ráfaga del delicioso aire que, desde el ventilador de pie, derramaba con generosidad Afrodita.

Y ocurrió entonces que, de pronto, el dulce cosquilleo del amor se instaló avasallante en todo su cuerpo gris de mariposa nocturna.

Debido a lo cual, tembloroso de irreprimible amor, posó Hermes su alado cuerpo sobre una púdica y bien regada plantita de menta semiescondida entre las bien regadas plantitas que adornaban el patio.

Y exactamente cuando el señor Chávez anunciaba a los trajeados miembros de Polimnia unas breves palabras, entablaba Hermes con la plantita de menta una muy interesante conversación, llena de gentiles y cariñosas palabras, al tiempo que tiernamente subía y bajaba su velludo abdomen sobre una de sus perfumadas hojitas. ■